

DESGUACE

[Fabio Angelli - <http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/>]

-¿Y por qué no lo buscas en un desguace?

No se le había ocurrido, la verdad. Recordaba haber ido alguna vez a uno de esos sitios de periferia hace tiempo, cuando no era más que un mocoso de la mano de su padre y ahora se daba cuenta de que tenía la palabra desguace relacionada con una época que no le pertenecía, como les pasa a los adolescentes si les dices que antes los teléfonos tenían un disco para marcar los números. Otra época. Pero ellos siguen ahí, y el negocio es más próspero de lo que se podría imaginar, como el de las funerarias, y de una forma no menos macabra. Porque, claro, hay coches jubilados de viejos, pero también los hay con formas espeluznantes y es mejor no ponerse a pensar en las personas que los ocupaban en el momento en el que las circunstancias les modificaron volumen y aerodinámica.

-Pues hombre, si en el concesionario te dicen que los recambios originales son demasiado caros, mira ahí que igual lo encuentras, de segunda mano, perfectamente en uso y por mucho menos.

No parece mala idea, por qué no intentarlo. Seguro en su ciudad también hay uno de estos sitios a los que iría su padre. Mientras busca en las páginas amarillas piensa en él, hombre de otra pasta, con el que nunca llegó a hablar de verdad, nunca consiguieron entenderse siquiera, mas para el que tenía un cariño visceral, instintivo, pese al hecho de no haber tenido aficiones comunes. Era como un afecto congénito y preferiría que hubiese sido distinto pero ya está y lo que hubo es mejor que nada. Su padre murió hacía tiempo y al principio le echó de menos de modo doloroso, como es debido, pero una suerte de costumbre a la ausencia lo había liberado de la pena. Sólo de vez en cuando piensa en él y se alegra de que al final se haya convertido en una serie de recuerdos y episodios agradables que vuelven a su memoria aparentemente sin motivo. Como hoy. La palabra desguace lo acaba de devolver a la mano de ese padre que habla con el hombre envuelto en un mono azul que se frota con un trapo las manos duras y llenas de grasa. Siente una vergüenza diminuta por tener que acudir a las páginas amarillas. Ciertas cosas se saben y punto, la gente como su padre sabe dónde está el desguace, así como encuentras el pulsador del ascensor incluso en un edificio en el que entras por primera vez.

Se le ponen los ojos como platos al ver que ahí, donde vive desde hace ya más de quince años, en la ciudad que ya siente suya y en la que se encuentra cómodo, hay seis,

siete y hasta ocho desguaces. Se fija en los que aparecen en un recuadro grande, con logotipo y dibujo. Duda entre dos: en uno aparece la imagen de un coche antiguo, tal vez para presumir de llevar mucho tiempo en el oficio o con la intención de expresar profesionalidad y cariño a la vieja escuela. Se decanta por otro con en el logotipo el frontal de un vehículo de dibujos animados, con las ruedas desinfladas y el capó entreabierto, como sonriendo y diciendo lo encantado que está de poderse jubilar; lo escoge porque en el otro sólo hay un número de móvil y él prefiere llamar a fijos ya que si por casualidad son clientes de la misma compañía, la llamada le puede salir gratis. La verdad es que luego nunca lo comprueba en las facturas.

-Sí, puede ser, no lo sé. Disculpe pero todos los ordenadores están ocupados. Y no tengo la posibilidad en este momento de comprobarle la disponibilidad de la pieza que busca. Tenga la amabilidad de llamar más tarde o de pasarse por el almacén. -Luego casi disculpándose- Para piezas pequeñas es indispensable consultar el catálogo digital.

Ha dejado pasar días antes de encontrar el tiempo para ir y preguntar por la pieza que necesitaba, pero al final un momento siempre se encuentra, un rato entre dos recados, una cita anulada inesperadamente, una pausa para comer suprimida por una súbita falta de apetito... Ahora que finalmente ha ido, están a punto de cerrar para ir a comer y en un primer momento los empleados fingen no verle. Algunos no tienen ni siquiera que disimular ya que está claro que tienen cosas que hacer, acabar de atender a otra gente, colocar algo en su sitio, coger el teléfono, buscar alguna pieza en los estantes. Pasan delante de él con gestos serios. Serios, sin más, sin rencor, sin mirar mal, como si el trabajo les impusiese esa actitud, un hastío tan incrustado detrás de los ojos que ahora parecen saber mirar únicamente de esa manera.

El edificio es una enorme nave industrial con la verja metálica abierta de par en par como una gigantesca boca en el acto de bostezar y en la que los primeros metros cuadrados han sido convertidos en tienda sin vocación, con un mostrador casi integralmente cubierto por catálogos y listados de precios en carpetas de anillas. Todo lo demás son hectáreas de estanterías organizadas por piezas, modelos, años y escaleras de hierro con ruedas para buscar lo que quedaba a desmano. Le recuerda los cementerios de las grandes metrópolis en los que los muertos están amontonados hasta en cinco o seis niveles de nichos idénticos, con sus placas y sus flores; las de arriba muchas veces son de plástico pero es algo que por supuesto se puede perdonar.

Junta las manos sosteniendo el maletín de piel del trabajo a la altura del vientre,

balanceándose sobre los pies. Punta, tacón, punta, tacón, pasando la mirada por el mostrador, los estantes, el suelo, el techo, las paredes. Comprueba la modernidad del lugar en la ausencia de calendarios con desnudos pseudoartísticos y se siente sinceramente más a gusto. Queda en ese limbo cuatro o cinco minutos sin que nadie le diga nada. Mira hacia un hombre concentrado en un catálogo y, cuando tiene claro que no está atendiendo a nadie, y que cada vez quedan menos clientes, se acerca con pasos pequeños. Ése levanta la mirada y le pregunta qué quiere. En su voz no hay nada, ni aburrimiento, ni prisa por acabar el turno de la mañana, ni molestia por la interrupción. Nada de nada. Serio. Y punto.

- Estaba buscando una pieza que está encima del inyector de mi coche, un Polo. ¿La tenéis? ¿Es posible conseguirla?

Sabe que habría sido mejor llevar la pieza: ¿tenéis una como esta? Y listo. Más claro agua. Imposible malinterpretar con la pieza delante, sería un ahorro de tiempo y energía para todos hablar sobre algo concreto, evitar explicaciones, en la más absurda de las situaciones en las que quien describe es quien menos idea tiene, no sabe qué pieza es, cómo se llama, y venga hablar de tamaño, forma, funcionamiento, como si fuera fácil. Es absurdo e inútil por el mero hecho de que una persona capaz de explicar coherentemente la función de una pieza mecánica sabe también su nombre. Además lo más normal es que el usuario medio sepa el nombre sin conocer las funciones de lo que le da vida a su coche, pero a falta de nombre, agárrate porque la cosa puede ir para rato. Es un objeto de hierro que gira y que tiene enganchada una pieza que parece que tiene como una cabeza pero un poco abollada por un lado y luego acaba con un pico fino; pues, ahí donde se juntan la cabeza y el pico hay como una raya y un anillo de goma. Eso es lo que busco, el anillo de goma. Pero si tienes la pieza: ¿Tenéis algo así? Sí/No. Conciso, eficaz.

- No sé. -La voz repetía el ritual de forma aséptica. -Pero ¿de qué año es?

- Ah, de qué año, vamos a ver, no sé, venía con el coche, ya estaba dentro cuando lo he comprado.

El encargado baja la mirada hacia el catálogo para restarle importancia al comentario que acaba de oír. Y de paso también a su emisor.

- No, hombre, no, el coche entero, quiero saber de qué año es el coche para saber qué tipo de pieza buscas.

- ¿No son todos iguales? -Al formular la pregunta ya siente un arrepentimiento menudo en el fondo de la garganta pero el aire ya había salido y era tarde. Para qué hacer ciertas preguntas, sólo dejás todavía más claro que no entiendes ni papas.

- Mira que no estamos en la Rusia de cuando los comunistas, que hacían los coches con un molde. Aquí todo coche tiene sus piezas, sus modelos, su intrínquilis.

Para qué preguntar. Él sabe, tú callas.

- A ver, ¿sabes cómo es la pieza o no?

- ¿Si sé cómo es? Claro, la he desmontado del coche...

- ¿Y no la has traído? Joder, media hora de cháchara y tiene la pieza en casa. -Eso lo dice mirando para el mostrador intentando dibujar algo con un boli en la primera página de un bloque de notas con logotipos y publicidades.

- Mira, no entiendo qué quieres decir, que si es el inyector, que si está encima o la madre que lo parió, así que lo que podemos hacer es que te vas a llevar toda la pieza y luego vas a tu taller y que te solucionen la historia.

- Pues vale, digo, depende del precio, también. ¿Cuánto vale la pieza? ¿La tenéis?

- Vamos a ver, que a estas horas ya se me han agotado los superpoderes.

- Ah, sí, claro, disculpe, no quería... no tengo prisa.

Las páginas del catálogo digital suben y bajan en la pantalla mientras el encargado resopla entre molesto y aburrido.

- Vaya, juraría que teníamos todavía de esas piezas. Espera -saca un teléfono inalámbrico del bolsillo de su funda azul y aparta la mirada -Oye Fran, ¿qué coche era el último de esta mañana? Sí, el último que ha llegado... Vale, gracias. -Luego baja la voz y mira otra vez para él -Pues mira, tienes suerte, como mínimo hay una de esas piezas que viene con un coche de regalo.

- No lo pillo.

- Que sí, hombre, que todavía no la hemos desmontado, está en el coche, en su sitio, vamos.

- Vale, vale, pues qué pena. ¿Y cuando podría estar desmontado, digo, vaya, listo? ¿Tardará mucho? Sólo por saber cuándo volver.

- Ya te solté el tema de los superpoderes, no? -Mueve las manos imitando los movimientos del kung-fu.

- Mhm. ¿Y no podría ir yo? ...ya le dije que la he desmontado de mi coche y que sé cómo se hace. Lo único es que no tengo herramientas. Si me las podéis prestar... lo hago yo, os pago, me llevo la pieza y todo el mundo a lo suyo.

El hombre en mono azul deja las manos sobre el mostrador, dobladas cara atrás, apoyando los nudillos con los dedos apuntando para su barriga, pareciéndose a un orangután de circo al que alguien puso un disfraz de jefe de desguace.

- ¿Sabes el paquete que me puede caer si te pasa algo? Y además ¿quién me

asegura que lo sabes desmontar? Es más, ¿quién me asegura que no lo sabes desmontar tan bien que luego, ya puesto, no te entra la tentación de desmontar algo más y llevártelo escondido? No hombre, seguro que no es el caso, yo no digo nada, pero cada uno sabe lo suyo, que hay gente para todo. Oye Fran, -grita de repente mirando a su derecha -¿has marcado ya las defensas que desmontamos ayer? Pero tío, era para esta mañana. Lo otro no era urgente, ya te lo dije. Sí, hombre, sí. Si quieres que las cosas se hagan bien, hazlas tú mismo -Vuelve a dirigirse a él. -Mira, no sé cuándo puede estar la pieza. Ya ves qué mierda de vida estamos viviendo, así que si puedes volver en otro momento, pues mejor.

- De acuerdo, vale, y perdone por llegar tan tarde, entiendo que el trabajo que tenéis...

- No, venga, no te preocupes, es que hoy es uno de esos días que se ve que dios se ha levantado con el pie izquierdo, pero qué le vas a hacer. Nos toca a nosotros quitarle las castañas del fuego. -Hecha a reír con una carcajada de niño que le hace saltar, de entre los pelos del pecho, la medalla de San Francisco de Asís, protector de los que creen que hasta Jesucristo de vez en cuando necesita un relevo. Él sonríe y no sabe dónde poner las manos.

- Y hablando de castañas, la tuya está en un Polo aparcado al fondo de todo. Mira, al acabar el estante de lunas aquí en el almacén, sales al exterior, y ahí está lo que nosotros llamamos "La Huerta", un descampao, vamos; ten cuidado con los charcos que aquí la lluvia te toca los huevos incluso cuando hace sol. Bien, ahora atento que ahí es grande de cojones. A mano derecha verás los contenedores de las virutas y luego los de las lavadoras y finalmente "Los Nichos". Ésos son los pasillos de los coches. Los vas a ver fijo. Son como paredes de vehículos amontonados de dos pisos de alto por dos coches de ancho, con otra fila encima para que no te caigan en el coco. Tú pillas el segundo de la izquierda y tiras hasta el final, que es donde llegan los camiones. Eso de ahí es un puto laberinto de chatarra; que no te pase nada raro que luego el marrón me lo tengo que comer yo. Pues bien, al fondo del pasillo ese, llegas a un punto en el que únicamente puedes girar a tu izquierda, pasando alrededor de un caseto de bloques de hormigón, detrás se abre otra vez una explanada y pasas delante de "La Cubitera", como la llamamos aquí, que es la prensa de estrujar los vehículos que ya ni sirven para tomar por el culo. Poco más adelante acaba tu viaje: pues bien, ahí, donde están las carretillas, las grúas y toda la hostia, tienes que ver un Polo amaranto.

- ...

- ¿Qué? Hay algo que no has entendido? ¿Te lo vuelvo a explicar? ¿Te repito lo de

los “Nichos”?

- No, es que no he entendido bien el modelo de Polo del que me está hablando...

- Pero qué modelo, ni hostias, un Polo como el tuyo, un Polo amaranto... hombre, rojo, un Polo *rojo*. Pues ése es el tuyo. Ahí hay peña fijo, tiene que haber, que si no hay me parece mal, vamos: explicas la movida y alguien de los talleres te da las herramientas e incluso te pueden echar un cable, de todas formas, ya sabes, a estas horas si te dicen “hola” vas que chutas.

- Pues un millón de gracias, eh. Hombre, muy amable.

Dobla las rodillas y recoge el maletín de piel.

Cruza la nave mirando a su alrededor con ojos infantiles, anonadado por la organización que no recordaba de cuando su padre. Al fondo hay otra inmensa puerta corredera por la que entra la luz del día, diáfana por la lluvia del día anterior, casi sobrenatural por el reflejo de los charcos en los que flotan arcoíris de aceite.

Delante de él se abre el vasto espacio de “La Huerta”, en la que le parece muy fácil perderse.

Camina con calma disimulando los nervios, mirando alrededor, y con miedo a que alguien le pregunte qué hace ahí, teniendo que explicar toda la conversación con el encargado, diciendo que tiene autorización...

Los contenedores de lavadoras le dejan boquiabierto por la inmensidad de chatarra blanca amontonada y ciclópica, mirándolo en pasivas y monstruosas geometrías de equilibrios precarios, de piezas sobre piezas, inútiles, obsoletas, olvidadas.

Al andar con los ojos por los aires, tropieza en un hierro que resuena impactando con su pie. Una vara con restos de tierra y algo de óxido de poco más de un metro, de aspecto sólido y pesado. La coge como un viajero recoge un palo en un bosque más para entretenerse que para ayudarse en su marcha. Sigue andando clavándola en el suelo tierno a cada paso. Empieza a tararear y durante un momento olvida su propósito ahí, cuando finalmente ve Los Nichos. Pues sí que los reconocería. Acelera el paso repitiendo en voz baja las instrucciones del encargado. Pondría atención, no vaya a ser que le pase algo, que meta la pata y acabe lastimándose. Le daría vergüenza explicárselo al encargado. Busca y encuentra su pasillo, el segundo a la izquierda.

Y ahí, a un lado, está.

No sabe mucho de modelos de coches, igual que un niño. No sabe de coches ni de peces, pero sabe, recuerda, algo de Platón, algo que leyó en el instituto y que se le ha quedado grabado en la mente, la idea de las Ideas, pero sobre todo la idea de que el Pez, el Pez con mayúscula, no existe, sólo es una idea, un arquetipo, ya que existen peces distintos, pero el pez-pez de verdad no, por triste que parezca. Sólo hay representaciones del arquetipo, tan único e irrepetible que no se ha repetido ni una sola vez. El Pez en que todos pensamos cuando pensamos en peces de hecho no corresponde a ninguna especie y no es sino el Pez de Platón, es la idea de pez que empleamos para reconocer como pez todo bicho que tenga más o menos las características que necesitamos para reconocerlo. Luego, claro está, hay complicaciones y pequeñas estafas de la naturaleza, como los delfines y las ballenas que no son peces pero disimulan.

Así es la idea que tienen de los coches los que de coches no tienen ni idea. Si le pides a un niño que dibuje uno, lo más fácil es que pinte la idea platónica de vehículo, presumiblemente un tres volúmenes, quizá algo cubista. Uno que todo el mundo reconocería como tal y que a la vez nunca nadie ha visto por la calle, ya que simplemente no existe.

Pero para todo hay excepción, porque ahí, delante de él, hay un coche muy parecido al inexistente, el coche que el propio Platón aparcaba delante de la Academia, la Idea misma dibujada por un niño y plasmada en metal a la espera de convertirse en chatarra. Todavía tiene ruedas aunque desinfladas, todas las ventanillas intactas y, pese a tener el escay de los asientos rajado en más de un sitio, enseñando su interior de goma espuma amarilla y roña gris, no parece haber agotado sus días; hace pensar en un viejo en un asilo olvidado por ser incapaz de seguir los tiempos, más que por un merecido descanso al final de una brillante carrera. No tiene grandes desperfectos, salvo unas pocas abolladuras procedentes de descuidos ocasionales o de la falta de técnica a la hora de aparcar. Sigue pareciendo el transporte adecuado para la libertad juvenil, un auto regalado, heredado o rebajado para contener mochilas, sacos de dormir y risas.

Su pieza puede esperar, escondida en un Polo amaranto del que él ya no se acuerda. Mete la barra entre la goma del neumático y el metal de la llanta, moviéndola despacio y tratando de recordar el olor de su primer coche, el nombre que le puso, las imperfecciones en su color. Luego el hierro tiente la flexibilidad de una puerta, comprueba la resistencia del barniz a los rayados. Insiste un poco más y aparece la chapa debajo del color.

Mira a su alrededor una y otra vez. Sonríe con aire pillo y mantiene la barra a la altura de una de las ventanillas y luego estira el brazo con un gesto ágil y preciso, sin

indecisiones, y en una esgrima vandálica, el hierro penetra en la superficie del cristal creando un dibujo confuso, una telaraña desigual y violenta. Se queda observándola e imagina que ya estaba dentro de la lisa homogeneidad del vidrio. Mueve la vara dentro del agujero, de arriba a abajo y otra vez para arriba hasta que un fragmento cúbico salta y le pasa a pocos centímetros de la cara. Se siente afortunado y saca el palo de la ventanilla.

Nadie parece haber oído, nadie aparece por allí. Se alegra y se siente más tranquilo. La moral es la opinión de los demás sobre nuestros actos, la justicia es el castigo por lo que nos pillaron hacer. Nadie a la vista, ningún problema. Da unos pasos hacia atrás y busca un lugar seco entre dos charcos donde dejar su maletín.

Sonríe jugando al sheriff de las pelis yanquis que dice que tienes un faro roto y tú miras para el faro y luego para él, con la incredulidad de quien reconoce una distancia entre hecho y palabra antes de que te lo reviente de un porrazo. Su barra entra en el foco que se parte entremezclando el sonido seco de la capa exterior de plástico duro y el más líquido e infantil del ligero cristal de la bombilla. Le da la vuelta al coche y golpea el otro. Levanta la vara como un mazo y la deja caer contra el tímido saliente del intermitente lateral dejando un hueco como un ombligo, como una cara sorprendida. Con un gruñido sordo que imita el esfuerzo atlético de un batidor de béisbol machaca el parabrisas que se rompe crujiente, llorando cristales para dentro. Suelta la vara, dejando que apague su inercia contra el blando asiento del conductor.

Baja la mirada y recobra el aliento, justo antes de asestar una patada en el lateral. Pasos lentos hacia el frontal del vehículo donde se fija en el borde superior de la defensa y en el logotipo de la casa que se tomó la molestia de construir ese coche, contra el que lanza la planta del pie, una vez, y otra, y otra.

- ¡Vete a la mierda! - Cuatro palabras, cuatro patadas. Sílabas gruñidas entre dientes, exprimidas por la garganta, patadas lanzadas en equilibrio sobre un pie dándose impulso con los brazos doblados como para imitar el vuelo del pollo. El plástico cromado de las barritas horizontales que dejan, con cierta estética, el paso del aire hacia el radiador, se quiebran en una sonrisa violenta, abierta en incisivos ausentes.

Sigue sin haber nadie alrededor pero ya le ha dejado de importar.

Vuelve al parabrisas para recuperar la herramienta de su obra, sin reparar en los trozos de vidrio y con pasos amplios da la vuelta al vehículo rompiendo uno tras otro los demás cristales y, de vez en cuando, lanzando coces contra la chapa, dejando en la superficie una secuencia irregular de convexidades. Se posiciona delante del maletero, casa de las cajas de cerveza, de trajes de baño mojados, de sandías calientes, de guitarras y cuerdas de nylon, y revienta la luna. - ¡Jódete!

Luego coge la vara con las dos manos juntas como para degollar de un golpe el cordero expiatorio y arrea el techo entre las bisagras del maletero. De su garganta emana una suerte de rugido cada vez más intenso con cada golpe que le inflige al metal pasivo, una vibración que empieza debajo de la traquea y sube, cogiendo fuerza y tono, sube cruzando la garganta, reptando debajo del paladar, vibrando entre los dientes y en el pecho. Un golpe, otro golpe, otro golpe. El metal cede y dobla su estructura bajo la rabia, formando un pico convexo, una deformidad en V donde estaba la luna. Donde cae la barra, el acero brilla debajo del barniz. Los pulmones arden por el esfuerzo pero es un problema del que se ocupará luego; pasa el dorso de la mano por la frente para enjugar el sudor sin soltar la presa del garrote. De una patada arranca de cuajo el espejo lateral arrojándolo un par de metros más adelante. Ahora está delante del coche y el hierro imprime su voluntad contra la capota que protege el motor, se dobla, se retuerce, y él no puede parar. El calor se hace sofocante, se quita la chaqueta y mira a su alrededor buscando el maletín, sobre el cual deja con cuidado la americana. Vuelve al vehículo, se sube, poniéndose de pie encima del capó y libera la garganta, los pulmones y la rabia que acaba de descubrir. Oye su voz berreando, mientras golpea con vehemencia el techo, en el centro, en los laterales, en los montantes de las puertas; grita con cuanto aire cabe en las sacas de su tórax, grita y zurra y zurra y zurra.

No repara en las lágrimas que empiezan a surcarle el rostro, de sus ojos abiertos que ya no ven. Sabe que tiene que seguir.

De uno de los pasillos aparecen los pasos acelerados del encargado que finalmente había oído los golpes y los gritos y se había preocupado pensando que la había cagado, dejar que un tipo fuese solo a buscar una pieza, y con la pinta de pasmao que traía, no es una idea para estar orgulloso, seguro que se le ha caído algo encima. Lo imaginaba atrapado debajo de alguna pieza o vete tú a saber dónde habrá metido el hocico, y ahora golpea para hacerse oír y que alguien le rescate; piensa en la denuncia que seguramente le caerá, porque la ley tampoco es complicada y cualquiera entiende que nadie que no esté autorizado puede moverse entre esas montañas de chatarra, porque luego pasan cosas desagradables y el responsable es él. No es la primera vez que deja que alguien busque por su cuenta, por lo menos en un par de ocasiones se había arriesgado antes de hoy. No le hacía mucha gracia pero a veces y a ciertas horas, cuando no hay nadie y empieza a notarse la prisa por cerrar, dejar que la gente se busque la vida se hace tentador. Le caería una buena, seguro.

Al doblar la ultima esquina, no da crédito a lo que ve: el tipo ese despedazando un coche con una vara de hierro. Parece poseído, un loco con todas las letras. Queda inmóvil

sin nada que decir, mirando cómo aquel hombre le arreaba al coche gritando como si le fuera la vida en ello. En la luz reflejada en sus mejillas ve que está llorando y empieza a moverse de forma automática, sin saber bien qué hacer, con calma, con piedad, hacia el coche con el techo cada vez más hundido.

Él lo ve acercarse y percibe que ha llegado el momento de parar, pero no puede dejar de golpear, de gritar, de llorar. Ve como el encargado, sin proferir palabra, pone las manos sobre el capó y se sube encima del coche. Cree que le va a pegar, le quitará la barra de las manos y lo empujará al suelo. Le pegará y luego le citará por daños.

Está a pocos centímetros de él, agacha la cabeza para evitar la trayectoria de la vara en su tarea incansable. Luego lo aferra por detrás, rodeando sus brazos con brazos envueltos en mangas azules de su traje de faena.

Él nota el olor a grasa sintética, a taller, el aroma ácido a sudor, y el calor de la cara contra sus omóplatos. No hay amenaza en ese abrazo, no hay fuerza, obligación; nota dulzura, espera. Espera a que pare, que deje de gritar y de llorar, de golpear. Paciente, aguarda. Quedan inmóviles los dos, absurdos encima de un coche machacado, fijados en esa ternura. Apaciguados.

- Hombre, calma, ahora, tranquilízate, ¿quieres?

Bufa, recobra el aliento, sorprendido por el calor de ese hombre desconocido agarrado a su espalda, por el gesto inesperado y gratuito. Las rodillas ceden al peso del cuerpo y del cansancio.

Solloza sin voz. Reconoce el dolor en sus manos. Mira para ellas y las siente suyas.

- Venga, suéltalo ya, hijo. Se acabó. Tranquilo.